



LOS REINOS DE SANTAYANA

VICENTE CERVERA SALINAS
Y ANTONIO LASTRA, eds.



Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans
Universitat de València
2002

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

Directora
Carme Manuel

LOS REINOS DE SANTAYANA

Vicente Cervera Salinas y Antonio Lastra, eds.

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

Departament de Filologia Anglesa i Alemanya

Universitat de València

Este libro cuenta con una ayuda de la Direcció General del Llibre,
Arxius i Biblioteques de la Conselleria de Cultura i Educació
de la Generalitat Valenciana y de la Sociedad de Filosofía de la Región de
Murcia



© Vicente Cervera y Antonio Lastra, eds., 2002
Los reinos de Santayana

1ª edición de 2002

Reservados los derechos de autor

Prohibida su reproducción total o parcial sin consentimiento escrito del autor

ISBN: 978-84-370-8541-8

Diseño portada: MINIM disseny - minimdisseny@ono.com

Maquetación: Vicente Andreu

Edita: Departament de Filologia Anglesa i Alemanya
Universitat de València

Índice

Presentación	
Vicente Cervera Salinas, <i>Viajando con Santayana</i>	7
Antonio Lastra, <i>Santayana, la filosofía y América</i>	11
Una carta de Herman J. Saatkamp, Jr., Editor general de <i>The Works of George Santayana</i>	13
1. Javier Alcoriza, <i>Santayana y los escritores de la tradición gentil</i>	17
2. Pedro García Martín, <i>La excelencia autobiográfica de Jorge Santayana</i>	27
3. Mercedes Torrevejano Parra, <i>Jorge Santayana: filosofía y vida</i>	47
4. Catalina Montes Mozo, <i>Más allá de la belleza: reflexiones sobre el pensamiento estético de George Santayana</i>	59
5. Belén Hernández González, <i>Ideas estéticas de George Santayana: Tres poetas filósofos</i>	81
6. José Miguel Sabater Rillo, <i>Religión y poesía en el pensamiento de Santayana</i>	93
7. Vicente Cervera Salinas, <i>El extranjero en el limbo: Santayana dialoga</i>	139
8. José Beltrán Llavador, <i>Una aproximación sociológica a El último puritano</i>	155
9. Antonio Lastra, <i>Phylosophia militans: un ensayo sobre la filosofía política de George Santayana</i>	169
10. Cayetano Estébanez Estébanez, <i>La recepción de la obra de Santayana en España</i>	181

Presentación

Viajando con Santayana

En el mes de noviembre de 1999 descubrí, entre un sinfín de volúmenes en el rastro de libros y discos del Parque Rivadavia de Buenos Aires, una rareza que suscitó mi atención. Se trataba de una edición, procedente de México, que recogía una importante selección de ensayos de George Santayana. De inmediato lo adquirí. Su contenido se me figuró, desde el primer instante, sugerente y pleno de estímulos. El primer ensayo de la colección, que escogí llevado por la inspiración de su título, fue ‘La filosofía del viaje’. El texto había sido publicado por primera vez en una revista norteamericana en el año 1967, es decir, quince años después de la muerte de su autor. Planteaba en aquella ocasión Santayana las razones últimas y la morfología histórica de una actividad tan remota como la propia especie humana. Una reflexión sobre el viaje, pensé, es también un pensamiento acerca del reino de la materia y, por ende, encajaba perfectamente en el sistema general de su filosofía. Una filosofía del trayecto se tornaba en un ensayo sobre el movimiento y sus funciones más características, sobre la evolución interna que, desde el mundo vegetal al humano, construye un capítulo imprescindible sobre el conocimiento biológico llevado al terreno de la teleología. Pero, al tiempo, era un acercamiento introspectivo a una de las constantes vitales de ese modo de inmortalidad que ha supuesto, en el decurso de la historia, la creación literaria. Es la planta que busca la luz y extiende sus ramas hacia ella; el animal que sigue el instinto de su olfato, y es el hombre en su búsqueda originaria, en su afán por satisfacer su curiosidad innata, su deseo de edificar y fundar espacios afines al nacimiento de su razón imaginativa. Mas, del mismo modo, es la historia de las historias refundidas en moldes de estrofas, versos y rapsodias: la Ítaca verdecida en todas las latitudes y en cualesquiera de sus tiempos.

Viajar con Santayana supone una experiencia que siempre acompaña y apoya todo proceso de transformación y toda voluntad de conocimiento. Los grandes bloques que integran y estructuran su novela *El último puritano* se denominan “peregrinaciones,” y la actitud del peregrino, su proceso, es un hilo conductor en sus escritos y lo fue en su vida. El concepto de la *dynamis* aristotélica, su fuerza rectora, se instala en la mente de Santayana desde su primera juventud y forja un estilo de pensamiento inquieto y móvil, a pesar de la elección formal por construcciones clásicas y tradicionales: el soneto, en lírica; la novela de aprendizaje; la biografía cronológicamente lineal y ordenada; el diálogo de raigambre platónica; el ensayo, de textura circular o de argumentación lógica y convincente. Al hilo de esa afinación en el plano de la arquitectura textual se filtra siempre la filosofía del viaje

como estilema en sus obras. Un viaje con un principio, un medio y un fin. Pero un viaje siempre necesario, pleno de conocimientos múltiples, vivo y móvil, nunca jamás baladí.

Me complace confesar que a lo largo de mi formación intelectual he viajado a menudo con George Santayana. De manera explícita, portando sus libros en la cartera, o de forma figurada. Lo descubrí, precisamente, en la época en que redactaba mi tesis doctoral, cuando su incursión en la poesía filosófica inundó de luz y sabiduría los planteamientos en que estaba por entonces inmerso. Seguí viajando con Santayana. Fueron escalas fecundas cada una de sus lecturas y de las meditaciones a que invita, desde los propios jardines de su meditación. Dar a conocer a Santayana se convirtió también en una agradable y fértil afición. Incursionar en cada uno de sus frentes que, con ese espíritu claro y límpido que lo distingue, completan en círculo su influencia: la teoría estética, los vericuetos y grandezas del fenómeno religioso, las excursiones al país de la ética y de la metafísica, la riqueza léxica y elegancia literaria de sus ensayos, la laboriosa ejecución de un universo novelesco. Y, sobre todo, el encendido y noble amor por la verdad del ser que en toda ocasión resplandece en sus páginas. Lo que él, tan bellamente, bautizó como “el espíritu en el santuario,” allá donde el ánima “renueva su juventud, se libera de sus crueles obsesiones como de un mal sueño, reafirma sus indomables afinidades con las cosas que no son humanas y aprende a volver a su vida terrena no ya como un esclavo, no ya como un necio, sino consciente de la invisible divinidad...”

Apunta nítidamente una vez más la razón de ser del viaje: “Aprende a volver,” y resuena al final de la partitura un calificativo singular: “consciente”. Creo que es el adjetivo más sustantivo para aplicar a la ingente obra de Santayana, para dibujar a su través el resultado de la experiencia que supone el hecho de trasladarse y caminar por las hojas que dejó escritas. Se es más consciente, más rico y sabio, cuando la “inaudible” voz de Santayana queda como paso, huella y eco en nuestras vidas. Un eco que renueva siempre la calidez de una dicción, cada vez que regresamos a George Santayana.

Los trabajos que este volumen compila son la consecuencia, parejamente, de otro no menos dilatado viaje por el tiempo. Los escritos contenidos fueron presentados ante un público de jóvenes universitarios, muchos de los cuales escuchaban por vez primera el nombre de Santayana, ávidos por conocer los entresijos de una obra que despertaba en ellos incógnitas y diversidad de expectativas. Estaban, sin saberlo, ante la materialización definitiva de un proyecto que se remontaba a varios años de vida. En concreto, fue en el año 1998 cuando Antonio Lastra y yo dábamos los primeros pasos encaminados a tal fin. Fue el inicio de este viaje. Diseñamos un curso en que profesores y especialistas en la escritura y el sistema filosófico de Santayana se unieran para dar vida nuevamente a los saberes archivados. No cuajó la iniciativa entonces por causas espurias, que la memoria desdeña. Hubo que esperar al año 2002 en que, casual y “azarosamente,” se cumplía el cincuentenario del último viaje en vida de Santayana, de su arribo al santuario. Todas las personas a quienes acudimos en esta ocasión se mostraron entusiastas y solícitas ante el proyecto: cada uno de los estudiosos de su obra que se decidieron finalmente a colaborar en el curso rebosaron alegría, satisfacción y generosidad. Para su feliz cumplimento tuve la colaboración constante de la licenciada María Dolores Adsuar, que derrochó ilusión y capacidad en todas las tareas organizativas, imprescindibles para la materialización de toda empresa. Las sesiones del curso fueron densas, complejas y heterogéneas, las discusiones mostraron lo polifacético de la biografía espiritual de nuestro autor y sirvieron para subrayar su perfil proteico, su capacidad de movimiento entre distintas materias del conocimiento. El público se mostró fiel a su interés y nada rebajó a frivolidad o indiferencia la altura intelectual de unas jornadas donde los reinos de Santayana fueron revelando los colores y las líneas de sus vetas. Considero que el libro que hoy prologamos servirá para

expandir la acción a que nos insta sutilmente su protagonista, así como para ampliar la grandeza y el influjo de su universo espiritual que, como en todo gran autor, deviene finalmente “multiverso.” Agradezco a la Sociedad de Filosofía de la Región de Murcia y a la Biblioteca Javier Coy d’estudis nord-americans, así como al Aula de Humanidades de la Universidad de Murcia, su esfuerzo conjunto para que este libro vea la luz.

Una última razón nos ha movido a viajar, en la palabra, la lectura, el estudio y, al fin, la publicación, con Santayana. Poderosa razón que es el motor de toda obra, como lo fuera también de su escritura. La hallamos como resorte intertextual, un verso del bello poema que en 1963 tradujo Jorge Guillén, y la encontramos, permanente, entre líneas y blancos del papel. La elección del compañero de viaje como interna “razón de amor.” Lector, si emprendes ahora el viaje de esta lectura, no olvides nunca su lema: “Que basta un solo amor para una eternidad.”

Vicente Cervera Salinas

Santayana, la filosofía y América

La obra de George Santayana resulta ejemplar para la filosofía. El valor y el sentido de este ejemplo podrían cifrarse en lo que aún hoy sigue siendo la soledad de Santayana, una condición inapreciable para la lectura, pero inútil para la tergiversación, aun cuando esa tergiversación consista en la imitación o en la frustración de la imitación. Si la obra de Santayana resulta ejemplar para la filosofía, su ejemplo, sin embargo, no ha encontrado seguidores; a diferencia de lo que ocurre con otros autores más o menos filosóficos, cuyo prestigio reside en la facilidad con la que se les puede copiar, es imposible imitar la escritura o, en un sentido más amplio, la expresión de una vida consagrada a extraer todas las lecciones posibles de la experiencia entendida como una voz de orden en la naturaleza, en lugar de ser considerada una aberración o una decepción. Si no es posible escribir como Santayana —apenas resultaría exagerado afirmar que casi no se *escribe* filosofía—, las dificultades no son menores a la hora de leer sus libros. El lector de Santayana se convierte, de este modo, en el único discípulo de un filósofo que rehuyó, cuanto pudo, la pedagogía directa en las aulas y se reservó para una educación indirecta mucho más duradera y confiada, pero también más exigente. Los lectores de Santayana son la muestra de que la última responsabilidad de un filósofo depende del medio de comunicación que haya escogido para transmitir sus inquietudes; insistir, por tanto, en las cualidades literarias —o en la psicología literaria— del autor de *Los reinos del ser* ayudaría a entender mejor el propósito de una filosofía que, habiendo encontrado santuarios, no mostró reparos hacia el lenguaje y aceptó que hablar de las esencias era hablar de significados y, en consecuencia, de las transiciones y reacciones del conocimiento al ser puesto de relieve en un mundo donde la unanimidad moral es imposible. En el prólogo al libro mencionado, Santayana definiría el espíritu como el “mundo de la libre expresión” e insinuaría que esa libertad de expresión era menos un derecho o una garantía que una necesidad natural.

Un mundo de libre expresión no es, desde luego, un santuario, pero podría convertirse en el anfitrión de la filosofía que a Santayana le habría gustado imaginar. Los lectores de este libro advertirán que los textos reunidos aquí son muy dispares, como han de serlo los huéspedes de la posada descrita circunstancialmente por Santayana en *El nacimiento de la razón*. Que esta posada sea la Biblioteca Javier Coy d’estudis nord-americans —dirigida eficientemente por la profesora Carme Manuel en la Universitat de València— no deja de ser irónico, tratándose de Santayana, y nos obliga a pensar en el significado que pueda tener América para la filosofía. Cincuenta años después de su muerte, Santayana no ha merecido en mansiones más majestuosas la atención que se le ha brindado en esta modesta casa, que no ha prohibido el paso a lectores de todas las procedencias: filólogos, sociólogos, estudiosos de la religión o de la ética de la literatura de Santayana, de su raigambre española e incluso de su filosofía. América hizo de Santayana, según su propia confesión, un exiliado y un extranjero; como exiliado y extranjero, pero con la misma familiaridad con la que sus lectores se han acostumbrado a vivir en un mundo de libre expresión, Santayana ha sido acogido en esta morada provisional. Como director de publicaciones de la Sociedad

de Filosofía de la Región de Murcia, querría manifestar libremente la expresión de mi agradecimiento a Carme Manuel por la hospitalidad y la amistad —*that troth in your faith and feeling*, como escribió Santayana— con la que ha incluido este libro en una biblioteca de estudios norteamericanos y a los autores, entre los que me cuento como el último de los lectores, por haber representado lo que Santayana consideró que era, al examinar precisamente la democracia en América, el verdadero significado del pueblo o del público al que un escritor tendría que dirigirse: una diversidad de personas civilizadas sin un ideal fijo de sociedad e inclinadas espontáneamente a la originalidad. Estoy seguro de que los lectores de este libro serán representativos de ese mundo de libre expresión.

Antonio Lastra

Una carta de Herman J. Saatkamp, Jr.

Editor general de *The Works of George Santayana*

Estimados amigos:

Me complace hacer llegar mis saludos a los colegas españoles que promueven los estudios sobre Santayana.

En los Estados Unidos a Santayana se le considera con frecuencia español y en España se le considera, en ocasiones, americano. En realidad, su trasfondo intelectual y su desarrollo habían arraigado en ambas culturas, pero su duradera adhesión correspondía a España. Santayana retuvo su ciudadanía española a lo largo de su vida y no se convirtió en ciudadano de otro país.

En una etapa posterior de su vida, cuando el movimiento y la movilidad se hicieron difíciles, Santayana mantuvo su lealtad hacia España con la renovación de su pasaporte cada vez que fue necesario hacerlo. Cierta acontecimiento decisivo tuvo lugar en junio de 1952 en Roma, cuando Santayana vivía en la Clínica della Piccola Compagna de Maria, un hospital donde residía desde el 14 de octubre de 1941. Santayana acudió a renovar su pasaporte español en la embajada española, situada en Campo Marzio. Al salir de la embajada, Santayana se cayó por las escaleras y se lastimó de gravedad en la cabeza, además de romperse tres costillas. Se pensó que corría el riesgo de morir y Daniel Cory fue llamado a Londres para que le acompañara. Aunque Santayana sobrevivió al accidente, el hecho podría simbolizar su adhesión a España y su deseo de mantener una relación duradera con su país natal.

Santayana murió el 26 de septiembre de 1952, e incluso en su muerte su vinculación con España quedó patente. La embajada española en Roma ofreció el Panteón de la Obra Pía Española como el lugar apropiado para enterrar al famoso filósofo, poeta, literato y crítico cultural español. La tumba sería luego restaurada arquitectónicamente en homenaje a Santayana. En la ceremonia fúnebre se leyeron algunos versos de *El testamento del poeta* de Santayana:

Devuelvo a la tierra lo que la tierra dio,
Todo para el surco, nada para la tumba.
Se extinguió la vela, pasó la vigilia del espíritu;
Puede que la vista no alcance donde llegó la clarividencia.

Las aportaciones españolas sobre Santayana son muy importantes. Estoy convencido de que muchas de las intuiciones de Santayana no llegan al público americano a causa de su falta de conocimiento y apreciación de la cultura y la herencia intelectual de España. Incluso la escritura de Santayana, casi toda en inglés, tiene el ritmo y la música del idioma español. Su ironía literaria, su profundo respecto por las tradiciones filosóficas y religiosas y su preocupación central por los sufrimientos y las aspiraciones individuales arraigan en su

trasfondo y lealtades españoles. Cuantos más investigadores españoles examinen y expliquen la obra filosófica y literaria de Santayana mejor se conocerá la verdadera importancia de Santayana, no sólo como filósofo español y americano, sino como una persona cuya ciudadanía intelectual, arraigada en España y los Estados Unidos, es genuinamente la de un ciudadano del mundo.

En 1963, Arthur Danto propuso un renacimiento de los estudios sobre Santayana al comprobar que muchos filósofos contemporáneos volvían a poner de relieve “la crisis intelectual que Santayana había ayudado a superar” y ofrecían “una perspectiva no muy distinta de la que [Santayana] había adoptado” (Danto, ‘Santayana and the Task Ahead’, *The Nation*, 21 December 1963, 437-40). Desde entonces, los estudios sobre Santayana han florecido en los Estados Unidos y ahora es el momento de que un renacimiento semejante tenga lugar en España.

La importancia de la obra de Santayana es clara. A diferencia de la esterilidad de buena parte de la filosofía contemporánea y de sus formas camaleónicas, la filosofía de Santayana se centra en la capacidad de las prácticas sociales y culturales que se articulan individual e institucionalmente, en la complejidad natural e inconsciente de la acción individual y social y en las profundidades del sufrimiento, la alegría y la responsabilidad de los individuos. La filosofía de Santayana es una filosofía de la celebración, una crítica festiva comparable a una obra de arte. Como he dicho en otros lugares, Santayana fue naturalista antes de que el naturalismo se hiciera popular, apreció múltiples perfecciones antes de que el multiculturalismo se convirtiera en un motivo de estudio, naturalizó el platonismo, puso al día a Aristóteles, combatió el idealismo y proporcionó una conmovedora y sensible relación de la vida espiritual sin ser un creyente religioso.

Es un placer para mí que me hayáis pedido que participe en vuestro encuentro sobre Santayana y lamento no estar con vosotros en persona. Espero con impaciencia poder leer los resultados de estas conferencias tan importantes.

Sinceramente vuestro,

Herman J. Saatkamp, Jr.¹

¹ Dear Colleagues:

I am delighted to extend my greetings to my Spanish colleagues who are furthering Santayana scholarship.

In the United States, Santayana is often thought of as a Spaniard, and in Spain he is sometimes thought of as an American. In truth, his intellectual background and development is rooted in both cultures, but his life-long allegiance was to Spain, retaining his Spanish citizenship throughout his life and never becoming a citizen of any other country.

Late in life, when movement and mobility were difficult, Santayana maintained his loyalty to Spain by renewing his Spanish papers when necessary. One particularly meaningful event occurred in June 1952 in Rome, when he was living in the Clinica della Piccola Compagna de Maria, a hospital-clinic where he had been a resident since 14 October 1941. To renew his Spanish passport, Santayana went to the Spanish Consulate located in the via Campo Marzio. Upon leaving the Consulate, Santayana fell on the steps seriously injuring his head and breaking three ribs. Some thought he would die, and Daniel Cory was summoned from England to attend to him. Although Santayana lived beyond this accident, it symbolizes in a clear fashion his allegiance to Spain and his commitment to maintain an enduring relationship with his home country.

Santayana died on 26 September 1952, and even in death his allegiance to Spain was clear. The Spanish Consulate at Rome provided the *Panteon de la Obra Pia espanola* as a proper burial site for Spain’s famous philosopher, poet, literary and cultural critic. Later the gravesite was architecturally restructured in a principal tribute to Santayana. During the grave side ceremony, lines from Santayana’s ‘The Poet’s Testament’ were read:

I give back to the earth what the earth gave,
All to the furrow, nothing to the grave.
The candle’s out, spirit’s vigil spent;
Sight may not follow where the vision went.

Spanish scholarship on Santayana is of great importance. I am convinced that much of Santayana's insights and wisdom are lost to American audiences because of their lack of knowledge and appreciation for Spanish culture and intellectual heritage. Even Santayana's writing, mostly in English, has the rhythm and music of the Spanish language. His literary irony, deep respect for philosophical and religious traditions, and his central focus on the sufferings and aspirations of individuals are rooted in his Spanish background and loyalties. The more Spanish scholars examine and explicate Santayana's literary and philosophical corpus, the better we will come to understand the remarkable importance for Santayana not only as a Spanish-American philosopher, but as a person whose intellectual citizenship, while rooted in Spain and the United States, is genuinely that of a world citizen.

In 1963, Arthur Danto called for a rebirth of Santayana scholarship by noting that many contemporary philosophers are recapitulating "the intellectual crisis which Santayana helped overcome," breaking through "to a view of things not dissimilar to the one he [Santayana] achieved" (Arthur Danto, "Santayana and the Task Ahead," *The Nation*, 21 December 1963, 437-40). Since then, Santayana scholarship has blossomed in the United States, and now is time for a rebirth to occur in Spain.

The importance of Santayana's work is clear. Unlike the barrenness of some contemporary philosophy and its chameleon-like shifting forms, Santayana's philosophy focuses on the capaciousness of social and cultural practices articulated individually and institutionally, on the unconscious natural complexity of individual and social action, and on the depths of individual suffering, joy, and responsibility. His is a celebrational philosophy, a festive criticism comparable to a work of art. As I have said in other places, Santayana was a naturalist before naturalism grew popular; he appreciated multiple perfections before multiculturalism became an issue; and he naturalized Platonism, updated Aristotle, fought off idealisms, and provided a striking and sensitive account of the spiritual life without being a religious believer.

I am pleased that I was asked to be a part of your symposium on Santayana, and I regret that I cannot be there personally. With eager anticipation, I look forward to reading the results of this important conference.

Very truly yours,

Herman J. Saatkamp, Jr.
General Editor, *The Works of George Santayana*
(Traducción de Antonio Lastra)

Santayana y los escritores de la tradición gentil

Javier Alcoriza

1. La oportunidad de hablar sobre Santayana no puede ser desaprovechada (por el vínculo de nuestro escritor con su país natal y el aliciente que ello ha supuesto para la comprensión de ciertos aspectos de su psicología literaria), pero tampoco puede ser debidamente aprovechada, en la medida en que nos proponemos explorar e interpretar las simpatías de su pensamiento con las fuentes o tradiciones de las que se nutrió. Tal vez la idea de figurarnos a Santayana como un expatriado americano o un ciudadano del mundo esté de acuerdo con la idea que hemos de tener de su labor intelectual. Si en la antigüedad se situaba al filósofo en Atenas, en la época moderna no es fácil saber dónde ha de buscárselo. Cualquiera de las capitales del mundo en que Santayana vivió podría ser el escenario de la filosofía y, en verdad, el propio mundo puede convertirse, idealmente, en el hogar o huésped del filósofo; ahora bien: fijarse en el mundo como hogar ideal de la filosofía podría ser una sugerencia demasiado vaga para tratar la filosofía de Santayana como punto de partida, no de llegada. La filosofía de Santayana puede aspirar a no verse reivindicada por tradición alguna, ni siquiera por la —por él denominada— tradición gentil. Hasta este punto hay que ser fiel a la consideración que hizo de su filosofía como “síntesis” de varias corrientes de pensamiento, y sería una labor notable trazar la exacta genealogía del pensamiento de Santayana.

Con todo, el filósofo Santayana, como todo hombre (de letras), ha dejado en su obra suficientes huellas como para que no haya que tomarse la molestia de darlas por supuesto. La adscripción de Santayana a un grupo de figuras hispánicas sería menos inconsistente si no hubiera que tener presentes las implicaciones de su discurso sobre la tradición gentil. Podríamos resumir esta apreciación inicial en el hecho de que, si Santayana ha de ser considerado español por su origen (un origen “natural” al que no renunciaría), ha de ser considerado norteamericano por su educación. Un comentario de otras obras de Santayana permitiría introducir nuevos elementos en su genealogía filosófica; las notas de este ensayo están orientadas por la idea de que las diversas deudas de Santayana con sus respectivas tradiciones no pueden ser saldadas por completo, así como la filosofía no podría saldar, en el sentido del autor, su deuda con la naturaleza, de tal modo que han de ser interpretadas según su grado y alcance literario. El alcance de la deuda americana de la filosofía de Santayana ha sido evidente en varios escritos a lo largo de su carrera, y resultaba ilustrativo en *La tradición gentil en la filosofía norteamericana*. Con esta perspectiva, *La tradición gentil* sería el compendio de sus ideas sobre la peculiar evolución de la filosofía en Estados Unidos y una prueba que responde a la cuestión de la identidad de la educación filosófica

de Santayana. Su escritura tiene un valor simbólico, ya que ilumina tanto el objeto como al sujeto que la produjo.

Educación, por otra parte, es un concepto que habría de ser elucidado. La educación de Santayana fue la de un alumno de Harvard, y ello implicaba una iniciación tanto en la vida intelectual como social de los Estados Unidos. En Harvard, diríamos, parafraseando a Santayana, la libertad no sería un arte, sino que habría de usarse para lograr la fructificación de un arte natural. Los alumnos de Harvard habrían de conservar una especie de respeto sin complacencia por el medio en que se formaron, y la formación de Santayana fue lo bastante sólida como para que, con el tiempo, la proyectara en las páginas de *El último puritano* y le rindiera el delicado homenaje de 'El entorno académico', seguido de los ensayos que dedicaba a sus maestros, William James y Josiah Royce. De lo que no podríamos dudar es de la integridad a la que Harvard aspiraba, más allá de que sus alumnos señalaran las deficiencias o errores cometidos. La educación en Harvard significaba un paréntesis de libertad respecto a la aplicación práctica del talento. Podemos evocar, como testimonio de su beneficio, que uno de sus alumnos más célebres titulara su autobiografía *La educación de Henry Adams*, aun cuando se tratara de una educación jalonada de fracasos. Sin embargo, todos los irónicos fracasos de Henry Adams podían ser leídos a contraluz del sentido de progreso que se le habría inculcado o que habría asumido desde el principio, sancionado a su paso por el colegio de Harvard. Aunque por diversos motivos, la vida de Adams fue, como la de Santayana, una larga peregrinación. No obstante, al lector de ambos no le extrañará que sus caminos hayan confluido idealmente en Roma, sedimento de las tradiciones para el filósofo y símbolo de la decadencia para el historiador. La educación de Henry Adams, en la línea de la tradición gentil descrita por Santayana, podía representar la última transformación del progreso del peregrino americano, mientras que la educación de Santayana representaba, desde los años de formación en Harvard, las bases sobre las que habría de construir la casa o santuario de su filosofía. Si Henry Adams buscaba un punto de apoyo para su transformación en el siglo XX, Santayana encontraba en el estudio de la tradición gentil el pretexto para una reacción naturalmente filosófica.

Puede creerse que el texto de *La tradición gentil* fue la declaración de independencia de Santayana, ya que fue compuesto poco antes de su partida de Estados Unidos. Tal vez la idea de la tradición gentil abriera las puertas al estudio de la cultura americana, pero no ha de sorprender que significara para Santayana la clausura de un capítulo de su biografía literaria. Como otro documento americano, esta noción era una muestra de madurez y tenía que provocar una respuesta. La vuelta a Europa de Santayana no habría de interpretarse, por tanto, como una abjuración, sino como una corroboración de los principios que le habrían llevado a elegir en Norteamérica el camino de la filosofía. En cierto modo, nada podía resultar más osado que pronunciar una declaración de independencia filosófica en California respecto a la tradición gentil de Nueva Inglaterra antes de regresar al Viejo Mundo. Dar a esta osadía la calificación de americana es fijar un punto de vista respecto a la ascendencia de la obra de Santayana. La ascendencia se manifiesta en las simpatías de la escritura de Santayana con la de otros escritores gentiles, y se vuelve nítida en la conclusión de *La tradición gentil*.

2. Es sabido que el comienzo del ensayo de Santayana consiste en una descripción de Norteamérica como un lugar en que hay presentes dos elementos, el masculino de la fuerza e iniciativa, y el femenino de la fe o gentileza. Los Estados Unidos son una nación joven que contiene una vieja tradición. La metáfora de Santayana cumple espléndidamente la función de iluminar esta aparente contradicción o contraste de la vida en el país. La suerte de la metáfora, sin embargo, depende de que no se interprete de manera estática, sino

dinámica: la tradición y la civilización en la nación no serían instancias meramente yuxtapuestas, sino que mantendrían una relación que merecía, aun por “amor a la verdad,” ser conocida y examinada. La tradición gentil suponía una nueva expresión de la Reforma protestante que había arraigado allí. Más allá de la profesión de fe calvinista y de la creencia dogmática, los norteamericanos habían aplicado o adaptado sus principios a las condiciones de un Nuevo Mundo. Así, el concepto de la yuxtaposición entre tradición gentil y civilización, entre Nueva Inglaterra y Norteamérica, podía ser sustituido por el de la transformación de la fe en una ética. Lo que podía asombrar a Santayana, tanto cuando estudiaba la propia tradición gentil como las formas de “idealismo y materialismo” en Estados Unidos, sería lo fecundo de las transformaciones; no obstante, tradición y transformación son términos antagónicos. Por ello, no podríamos estar seguros —ni podía estarlo Santayana— de que los epígonos de la tradición gentil fueran la última forma de su representación intelectual.

Para un filósofo como Santayana, sin embargo, no habría de ser suficiente la transformación de una fe en una ética, e incluso tal transformación sería susceptible de ser juzgada con humor. La tradición gentil no podía satisfacer las demandas de la filosofía en la medida en que su contenido, según la interpretación de Santayana, podía igualarse o neutralizarse, a fin de cuentas, con el de la poesía. Para el filósofo, la religión no sería cuestión de fe, sino de imaginación, y la imaginación puritana estaba plagada de figuras más sombrías de las que se adecuaban al carácter literario de Santayana. Que la propia tradición gentil ya no podía ser restaurada en su pureza era un dato, pues, que podía afectar a la imaginación, pero no a las convicciones del autor de *El último puritano*, que fue el tipo elegido como protagonista de su única novela. Sus convicciones, por el contrario, le aproximaban a un trabajo más delicado y comprensivo, a la revisión o recuperación de las tradiciones que habrían sido desestimadas por la tradición gentil.

Como dijera Santayana en cierta ocasión, en Norteamérica no se tenía idea de quiénes fueron los griegos. Santayana había apreciado las virtudes del carácter estadounidense que lo situaban frente al horizonte del futuro, y el modo en que la propensión material de la civilización había sido atemperada por la persecución de los ideales; sin embargo, se inclinaba, por temperamento, a la valoración de las tradiciones universales (la clásica y la católica) de las que los norteamericanos, por hábito y, en consecuencia, por naturaleza, habían prescindido. La propensión de la tradición gentil a las transformaciones habría de ser un obstáculo para su restauración, pero suponía, a su vez, una señal de la imposibilidad de forjar tradición o sistema alguno en el país. La preferencia por la acción, que sería un signo de la prerrogativa de la ética gentil frente a la filosofía, haría inútil todo esfuerzo por implantar un sistema que fuera más allá de la verificación de los postulados; América —o el mito de América— se convertiría así en piedra de toque para los sistemas de filosofía, o en una objeción a todo vínculo de la filosofía con la tradición. Santayana observaba a propósito que en Estados Unidos los sistemas eran olvidados antes que refutados. Esta condición de libertad, plasmada en el gobierno democrático, suponía una especie de garantía en la búsqueda de la felicidad doméstica e impedía la imposición al individuo de ningún dogma o doctrina. A mi juicio, el propio Santayana podría desear que la ausencia de determinación característica del medio americano hubiera eliminado también los prejuicios de la ética gentil. La única duda que albergamos es la de si la misma tradición gentil ha sido por completo obliterada en la pretensión del naturalismo al que se inclinaba Santayana, ya que, hasta cierto punto, un intérprete de tal tradición habría de ser algo más que un mero observador de sus consecuencias, aunque fuera algo menos que uno de sus propagandistas. Santayana conocía la eficacia de las transformaciones de la tradición gentil.

La misma tradición habría de verse “en apuros” con posterioridad. La aparición de un “nuevo humanismo” podía entenderse a la luz de las transformaciones que había sufrido la tradición gentil, en el sentido de la resistencia a la época moderna que amenazaba valores consagrados. Sin embargo, Santayana devolvió a la consagración de los valores su sentido original: la historia, a través del Renacimiento, la Reforma y la Revolución (las “tres erres,” junto a la de Romanticismo), habría supuesto una especie de profanación de los frutos cultivados por las tradiciones clásica y católica. Si cada una de estas vueltas al pasado (o contra el pasado) había significado un desprendimiento o perversión de las fuentes y supuestos de la ciencia, de la fe o de la autoridad, la propia civilización americana habría significado, al fin, no tanto por oposición como por omisión, una cesura todavía mayor respecto al mundo anterior. En verdad, la tradición gentil sería la mensajera del único pasado que valía la pena de ser recordado en Norteamérica, pero sus lazos con las tradiciones previas a las revueltas —que en realidad la habían contaminado— eran sólo ilusorios; aun la tradición gentil, según Santayana, se vería en apuros a la hora de interpretar o responder al desafío de la modernidad mediante la apelación a lo sobrenatural.

La apelación inmediata a lo sobrenatural, no obstante, había constituido en otra época el punto de partida de la tradición gentil. Hacia ella había gravitado la confianza de los Padres Fundadores del experimento americano; no obstante, aquella “conciencia atormentada,” tal como Santayana la denominaba, se había medido siempre con la resistencia y beneficencia del término de la naturaleza, cuyo sentido casi había desaparecido bajo el peso de las tradiciones europeas. La historia norteamericana, a través de la tradición gentil, habría transformado el primer impulso del puritanismo en una condición lo bastante fecunda como para impregnar en adelante el significado de Norteamérica. La energía o potencia de la civilización estadounidense derivaba, en efecto, de la insistencia en no apartarse de los fundamentos natural y sobrenatural sobre los que la tradición gentil se habría asentado. En cierto modo, esta adhesión a lo natural y lo sobrenatural, o a la ciencia y la religión, característicamente norteamericana, vedaba la posibilidad de constituir una identidad histórica y sancionaba la equivalencia retórica de las transformaciones gentiles. La tradición gentil habría surgido por oposición u omisión de la historia antigua, y nada podía resultar más incoherente que buscar en ella una restauración. Si el experimento americano no se había clausurado, la tradición no podría renovarse religiosamente. El camino más corto sería el reconocimiento de la propia naturaleza humana.

3. Esta vuelta a la naturaleza podría ser una glosa del último epígrafe de *La tradición gentil en apuros*, ‘La adecuación moral del naturalismo.’ No hemos de olvidar, no obstante, que Santayana no estaba concernido por la renovación de tradición alguna (ni de la tradición gentil), ya que su posición sólo podría ser la de la filosofía. El retiro de Santayana en Europa bastaría para desautorizar lo que pudiera sugerir respecto a los apuros de la tradición gentil; por ello, este segundo ensayo de Santayana se refería menos a Norteamérica que a las evoluciones de la cultura, desde sus orígenes canónicos en la filosofía y la religión hasta la “modernidad,” que se mencionaba con irónica indulgencia. El tono supuestamente polémico de *La tradición gentil* se habría vuelto casi lúdico cuando, años después, Santayana hablaba de los apuros en que la veía. Las tres o cuatro revueltas que había sufrido la cultura occidental la habrían apartado de las aspiraciones iniciales contenidas en la filosofía griega y del consuelo religioso expandido por el cristianismo. La modernidad no podría sino ser víctima de sus exageraciones, por las que trataba de evitar el dilema entre helenismo y hebraísmo al que los hombres se habían enfrentado. El dilema, no obstante, según Santayana, sería un falso dilema, en cuanto que devolviéramos a toda pretensión de conocimiento u obediencia su dimensión natural. Tan arraigadas estaban en la